

# En la pascua de Pedro Casaldáliga (esperando a contramano)

---

**Michael P. Moore**

**Universidad Católica de Córdoba, Argentina**

Porque lo espero a Él, y porque espero  
que, al encontrarlo, todos nos veamos  
restablecidos por el sol primero  
y el corazón seguro de que amamos;

porque no acepto esa mirada fría  
y creo en el rescoldo que ella esconde;  
porque tu soledad también es mía;  
y todo yo soy una herida, donde

alguna sangre mana; y donde espera  
un muerto, yo reclamo primavera,  
muerto con él ya antes de mi muerte;

porque aprendí a esperar a contramano  
de tanta decepción: te juro, hermano,  
que espero tanto verLo como verte<sup>1</sup>.

Y llegó el momento que tanto esperaste. Viviste tu vida y moriste tu muerte bajo un mismo signo y bandera: la pobreza y la esperanza, indeleblemente unidas. Perdurará en la memoria de quienes te amamos esa foto de tu funeral en la que se ven, en primer plano, tus pies descalzos y llagados, apenas vestidos por el libro de la Palabra: toda tu espiritualidad y teología en una imagen. Lo habías señalado, hace mucho, como una suerte de bitácora para no perderse en el camino de la pobreza evangélica: “No tener nada. / No llevar nada. / No poder nada. / No pedir nada...”.<sup>2</sup> Y te fuiste como viniste. Pudimos contemplar

- 
1. P. Casaldáliga, *Sonetos neobíblicos precisamente*, p. 57 (Buenos Aires, 1996).
  2. P. Casaldáliga, *Antología personal*, p. 35 (Madrid, 2006).

ese cuerpo pequeño, consumado y consumido, como flotando entre una pila de maderas y un sutil velo. Desde esa fragilidad inerme, tu muerte nos sigue interpelando como antes lo hizo tu vida. El halo que la envuelve parece susurrar, continuando aquel poema: “Solamente el Evangelio, como una faca afilada”<sup>3</sup>. El Evangelio que hoy cubre esos pies inmóviles y ayer los empujaba. El Evangelio, que en tu vida se hizo carne y después se hizo palabra: poesía y profecía.

Hace largos años que esperabas a la hermana muerte; ella te rondaba, amenazante, de la mano del “hermano Parkinson” —como gustabas llamarlo. Fuiste dejando pedazos de vida en todas tus causas que, como siempre advertiste, eran más importantes que tu vida. Intentaron asesinarte más de una vez, pero solo lograron matarte un poco en los otros muertos; nada en tus utopías. De todas maneras, lo sabías: “Vendrá. Saldrá de mí. La llevo dentro / desde que soy. Y voy hacia su encuentro / con todo el peso de mis años vivos”<sup>4</sup>.

Habías padecido su coqueteo obsceno más de una vez: “Ya la acogí, en las sombras, muchas veces / y la temí rondándome, callada”<sup>5</sup>. Pero, aunque tardó en llegar la “amada fiel de todos y maldita”<sup>6</sup>, la fuiste tocando antes, solidariamente, en la carne de tantos compañeros y compañeras cercenados antes de tiempo: “porque tu soledad también es mía; / y todo yo soy una herida, donde / alguna sangre mana; y donde espera / un muerto, yo reclamo primavera, / muerto con él ya antes de mi muerte”<sup>7</sup>. Y porque fuiste solidario en tu vida con esas muertes de tantos otros, hoy, a tu alegría, para que sea primavera en el cielo, le faltan todos tus pobres que siguen luchando por (sobre)vivir. Mientras tanto, te imagino abriéndote paso —lento— en la eternidad, mientras proclamas, evocando y convocando aquellos rostros: “No pagaré mis deudas; no me cobres. / Si no he sabido hallarte siempre en todos, / nunca dejé de amarte en los más pobres”<sup>8</sup>.

En fin... Pedro, querido hermano, dínos cómo se hace para “esperar a contramano / de tanta decepción”<sup>9</sup>. Somos muchos los que quizá podemos repetir contigo: “La angustia y la ternura / me llevan, como alas, / al encuentro de todo”<sup>10</sup>. Pero, luego, la desilusión —propia e institucionalizada— nos detiene el vuelo, nos quiebra las alas y nos arroja contra el espejo de tantas contradicciones y mediocridades. Quizá deberíamos aprender a levantarnos una y otra vez del suelo para gritarle al cielo, contigo: “¡Mi fuerza y mi fracaso / Eres Tú. / Mi

3. *Ibidem*.

4. P. Casaldáliga, *El tiempo y la espera*, p. 21 (Santander, 1986).

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*.

7. P. Casaldáliga, *Sonetos neobíblicos, precisamente*, o. c., p. 57.

8. *Ibid.*, p. 47.

9. *Ibid.*, p. 57.

10. P. Casaldáliga, *Antología personal*, o. c., p. 62.

herencia y mi pobreza. / Tú, mi justicia, / Jesús / [...] Mi muerte y vida, / Tú”<sup>11</sup>. Porque en ese Jesús muerto y resucitado te apoyaste para morir humanamente tu muerte y para esperar ansiosamente tu Vida. Ya puedes preguntar, desafiante y sabedor de la respuesta: “¿Dónde está tu victoria, muerte extraña? / ¿Dónde está tu derrota, muerte amiga?”<sup>12</sup>. Nosotros, aquí, seguimos paladeando —sin tus certezas— el sabor semi-amargo que por su poder nos deja tu ausencia. Le dijiste a la muerte: “La profunda / soledad de tu abismo se ha llenado / con el grito del Dios crucificado”<sup>13</sup>. Pero a nosotros nos ensordece más la soledad y el grito que rebotan en el silencio que provoca el vacío de tu poesía. En nuestro-todavía-no, no podemos cantar contigo: “De golpe, con la muerte, / se hará verdad mi vida. / ¡Por fin habré amado!”<sup>14</sup>. Ni es tan verdad nuestra vida, ni está tan lleno de nombres nuestro corazón.

Tu primer y último deseo fue: “Llegar, por fin, a Tu anhelado Rostro / y echarme entre Tus brazos con todos los llegados. / Dejar toda la vida sobre Tu Corazón, / como un niño dormido, despierto para siempre, / ¡y darte a boca llena el nombre: Padre!”<sup>15</sup>. Pedro, tú ya llegaste. Aquí, todavía no es de día: “La noche de los pobres está en vela”<sup>16</sup> y “Piden en vano credencial de gente / los muchos condenados de la tierra”<sup>17</sup>. Dinos, pues, si es verdad que “Seremos lo que somos, para siempre, / pero gloriosamente restaurados”<sup>18</sup>; que nuestras llagas serán curadas “como son tuyas esas cinco llagas, / imprescriptiblemente gloriosas”<sup>19</sup>.

Concluyo. “La angustia y la ternura / me abrirán, como remos, / las aguas de la muerte”<sup>20</sup>, profetizaste. Nuevo Moisés de estas tierras empobrecidas, ya abriste esos ríos claroscuros. Y nos dejaste la angustia y la ternura como a huérfanos precoces. Porque, a pesar de tu declaración celibataria: “No habré tenido / la gloria humana de engendrar. Mi nombre / no dará nombre a nadie”<sup>21</sup>, somos muchos los renacidos y resucitados por tu palabra y ejemplo. Nos quedan tus causas y tu poesía. Y a mí, tantas preguntas. Hoy —como el otro poeta y con tantos otros— “lloro mi desventura y sus conjuntos / y siento más tu muerte que mi vida”<sup>22</sup>, y a las aladas almas de las mil flores del Araguaia “te requiero, /

11. *Ibid.*, p. 53.

12. *Ibid.*, p. 124.

13. *Ibidem*.

14. *Ibid.*, p. 16.

15. P. Casaldáliga, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 95.

16. P. Casaldáliga, *Sonetos neobíblicos, precisamente*, o. c., p. 59.

17. *Ibid.*, p. 51.

18. *Ibid.*, p. 63.

19. *Ibidem*.

20. P. Casaldáliga, *Antología personal*, o. c., p. 62.

21. *Ibid.*, p. 126.

22. M. Hernández, *Obras*. Tomo I: *Poesías completas*, p. 272 (Buenos Aires, 1997).

que tenemos que hablar de muchas cosas, / compañero del alma, compañero”<sup>23</sup>. Por eso —tan solo por eso—, “te juro, hermano, que espero tanto verte”<sup>24</sup>.

---

23. *Ibid.*, p. 274.

24. P. Casaldáliga, *Sonetos neobíblicos*, o. c., p. 57.